

DOS PRECURSORES ESPAÑOLES DE DARWIN

Casi ha corrido ya un medio siglo desde que la *Revista de ambos mundos* anunció a los humanos que «un genio de primer orden, únicamente comparable con Newton o Galileo, el *Mesías* de las ciencias naturales,» Darwin, en una palabra, estudiando el drama gigantesco de la vida y de la muerte desde el principio de las edades, paseando la investigación científica desde la cumbre del Himalaya hasta lo más profundo de los mares, había descubierto el secreto en las entrañas de la naturaleza, y a nombre de la ciencia lo presentaba a los legisladores para que en él inspirase sus códigos. Moral, derecho, religión, matrimonio, familia, propiedad, vida social, organización política, todo debe edificarse con arreglo a este principio supremo. Cuando la legislación se haga científica, es decir, darwinista, como es de esperar que lo sea algún día; cuando se comprendan mejor los principios biológicos de la reproducción y del hereditario, no veremos ya a legisladores ignorantes rechazar con desprecio el sistema que ha de producir de un modo seguro nuestro mejoramiento y bienestar, y que consiste no más que en unir con previsión científica los dos reinos de la pareja humana. El perfeccionamiento evolutivo de la humanidad estará entonces asegurado para siempre. El procedimiento, como se ve, no puede ser más sencillo; en su misma admirable sencillez se descubre la mano de la sabia naturaleza.

Desde que Darwin hizo su insigne revelación la secta no ha cesado de conquistar numerosos prosélitos; ha invadido todas las ciencias, produciendo profundas innovaciones en los diferentes ramos del saber. Ya es cosa plenamente averiguada «que los planetas están

vivos, y tienen, como cualquiera otra persona, su tiempo de nacer y de morir, su tiempo de reír y llorar, de ganar y perder, sus momentos de disgustos y desazones, sus arrebatos de amor, odio y celo.» No es científico, y sí gran bodeque, quien no tenga ahora la certeza de que todos los seres y organismos no son sino la evolución de unas cuantas vejigüelas primitivas, quizás de una sola, y que el hombre, representación del mundo en pequeño, *microcosmos*, síntesis de las etapas evolutivas recorridas hasta aquí, sólo debe apreciarse como una conglutinación de celdillas, en las cuales la materia perfeccionada adquiere conciencia de sí.

Para conocer el mundo moral estudian, pues los fenómenos de la naturaleza; y la religión, la política, todas las ciencias sociales las convierten en una teoría de biología. Con las sensaciones y los instintos de la naturaleza animal explican la moral, el derecho y las instituciones fundamentales por que se rige toda sociedad. Con la doctrina de la evolución y de la selección sexual descubren cuáles han de ser los más altos destinos de nuestra especie, y ponen en boga libros como el que lleva por título: *Origen de las naciones o leyes del desarrollo científico de los pueblos según la ley de la selección*; otros como la *Introducción a la ciencia social*, de H. Spencer, en que se diserta largamente sobre la *preparación a la ciencia social por la biología y por la fisiología*. Por fin, un filósofo sin igual entre los nacidos, el sabio Haeckel, anuncia a los afortunados mortales que «han concluido los tiempos de la fe ciega y de los oscuros misterios y revelaciones mitológicas formuladas por castas sacerdotales. Nuestra época habrá tenido la gloria de fundar científicamente el más brillante resultado de la sabiduría humana. La doctrina genealógica será glorificada por los siglos venideros como una era nueva y fecunda en el progreso humano; era

caracterizada por el triunfo de la libre investigación alcanzado sobre la investigación autorizada por la noble y poderosa influencia de la filosofía monística» (1).

Cabe, sin embargo, dudar de si todos estos descubrimientos son en realidad novísimos. Por más que a muchos choque nuestro parecer, creemos que de antiguo son conocidos en el mundo los principios de la filosofía monística, y que no valía, en verdad, la pena de anunciar con tanto aparato su descubrimiento como novísimo, ni es prueba tampoco de profundo saber el proclamar al siglo XIX como su descubridor. No sólo fuera fácil demostrar que en los libros y poemas del panteísmo oriental, y en algunas escuelas del paganismo helénico, se hallan desenvueltos con tanta sabiduría y entusiasmo como en las obras de Haeckel, sino que tampoco me haría disonancia que los asiriólogos hallaran algún libro darwinista en la biblioteca cuneiforme de Asurbanipal; y es seguro que si los prehistóricos no anduvieran tan atrasados, ya para estas fechas, por algún hoyo de la tierra, en terreno terciario, se habría descubierto cualquier utensilio de piedra con inscripciones o geroglíficos, acreditando que el hombre primitivo estuvo ducho en teorías evolutivas y muy empapado en filosofía monística.

Pero no busquemos precedentes en los tiempos primitivos: creemos que no queda memoria de las primeras edades, así como de las cosas que suceden hoy tampoco habrá recordación entre aquellos que han de ser en lo postrero; y nos parece empresa tan descabellada, como de ningún provecho, la de averiguar si ha habido o no hombres cuadrumanos y con cola; si las herramientas o vasijas de los primitivos humanos eran de madera, hueso o sílice; si usaban zamarras de piel,

(1) *Historia de la creación natural*, último párrafo.

o trajes de hojarasca, o tejidos de lana y algodón. Demasiado hay que aprender en los tiempos históricos para no distraerse con mitologías de edades fabulosas. Además, como estamos presenciando diariamente casos de sabios que con el saber se vuelven tontos por meterse en honduras, no nos seduce el camino por donde con tanta facilidad se pierde el juicio. Para demostrar, pues, que nada nuevo han inventado el darwinismo o el evolucionismo modernos, y que su obra se ha reducido a desenterrar y escribir en serio y con tono científico patrañas que en todo tiempo hicieron las delicias de los ingenios de gusto pervertido y aficionados a cavilidades extravagantes, preferimos fijarnos en épocas y libros, que relativamente pueden llamarse recientes, aunque lleven dos o tres siglos de fecha. Así habrá menos lugar a engaño. No nos importa que con ello parezca perder la doctrina algo de su venerable antigüedad; nuestro propósito, por ahora, se reduce a demostrar que Darwin, Haeckel y demás no son inventores, sino plagarios. Otros a su vez se encargarán de demostrar que fueron también plagarios los darwinistas de los siglos XVI y XVII.

Sin ir a buscar por tieras extrañas escritores de esta especie, que en otros siglos, como ahora, se distrajeron, escribiendo en broma o en serio libros sobre este género de lucubraciones estrambóticas, podemos citar, en primer lugar, a nuestro gracioso fraile el padre Fuente de la Peña, que en su *Ente dilucidado* estampó desde la primera hasta la última de las cosas que ahora Darwin nos presenta como inauditas. Observa don Juan Valera, con el sabroso aticismo que le es habitual, que «si tuviese tiempo y calma para ello, probaría fácilmente que apenas hay descubrimiento moderno de Darwin, de Moleschott, de Buchner, de los prehistóricos, de los positivistas, de los espiritistas, de los magneti-

zadores, etc., etc., que no esté previsto y predicho en el *Ente dilucidado*, con las cortapisas convenientes para que se ajuste, cuadre y encaje en la verdad católica. . . . En cuanto a la generación espontánea, claro está que el padre la defiende y demuestra. Los duendes nacen del vapor y son unos *animales trasteadores e invisibles secundum quid*. . . . El padre hace nacer espontáneamente de los vapores y miasmas, culebras, lagartos, sapos, ratones y cuanto se le antoja, estando las cosas de la tierra en su ordinario estado, sin necesidad de revoluciones telúricas, sidéreas o atmosféricas. . . . Los timoratos del día andan hechos unos basiliscos contra los naturalistas, que pretenden que todo sér vivo nace de unas vejigüelas primitivas. El padre Fuente de la Peña no tiene tal repugnancia. Al contrario, salvo los ángeles, las almas humanas y la materia prima, que han sido creados por Dios inmediatamente, lo demás nace por *educación* o *emanación* de la materia prima. Se junta una forma a dicha materia, o se junta otra, y ya tenemos los seres. Si la forma es *leontina*, sale un león; si *duendina*, sale un duende; y si es *gatuna*, sale un gato. Dígasenos ahora si esto no es casi tan bueno como Darwin. . . . Entrevee también el padre, cómo de la monstruosidad que adquiriera y con que nazca un individuo de una especie puede originarse especie nueva. Un hombre con cola puede dar origen a muchos hombres con cola; una cabra, a quien se le alargue el pescuezo, puede ser raíz y estirpe de las jirafas. El padre llega en este punto hasta creer que hay, o ha habido, hombres peces, hombres ranas, hombres con un pie y hombres sin cabeza. En cuanto al tamaño, los hay, o ha habido, menores que una avispa, y tan enormes, que por el hueco del fémur de uno de ellos entró a caballo un cazador persiguiendo una cierva, y tardó seis minutos en salir por el otro lado a todo galope.

«Nace de aquí una cuestión, que Darwin y sus discípulos se dejan en el tintero, y que el padre dilucida, a saber: «Los monstruos, ¿son ellos o lo somos nosotros?» Claro está que, si ha de salir especie de la monstruosidad, para todos los individuos de la nueva especie los monstruos seremos nosotros.

«En cuanto que el hombre provenga o no provenga del mono, no se declara bien el padre; pero estamos seguros de que este origen no le repugnaría, ya que concede razón, discurso y agudeza a los animales, y en particular a los monos. Monos hay, según él, que saben leer y escribir, y que bailan y tocan instrumentos, y otros tan tahures y fulleros, que juegan en la India a los naipes con los portugueses, los despluman, y luégo, para consolarlos, los llevan a la taberna, los convidan y emborrachan» (1).

Con tanta discreción como inimitable gracia juzga el distinguido crítico este género de invenciones desatinadas que no pueden tratarse sino con una crítica festiva, aunque se expongan en serio y con aparato científico por filósofos o naturalistas, por un Darwin o un Fuente de la Peña. Únicamente nos permitiremos una observación acerca de lo que dice don Juan Valera, de que «los timoratos del día andan hechos unos basiliscos contra los naturalistas, que pretenden que todo sér vivo nace de unas vejigüelas primitivas.» Con esta frase se viene a completar lo que dice el mismo autor en las primeras líneas de la nota que precede al texto que hemos citado (2). «Ora sean sueños, ora verdades demostradas, ora hipótesis probables, la generación espontánea y la transformación de las especies son ideas

(1) *Disertaciones y juicios literarios*, de la filosofía española, pág. 231.

(2) Obras y lugar citados, pág. 231.

muy antiguas: sólo que antes nadie era tildado de impío o de ateaísta por seguir dichas doctrinas. *Los artículos de la fe no se habían aumentado indefinidamente como en el día.*» Lo de los basiliscos podrá estar dicho con gracia; pero sobra en ello, en cambio, ligereza de juicio; más lo último que dejamos subrayado, ni tiene gracia ni juicio, y es, además, una inexactitud volteriana. Sólo ha de estimarse como uno de esos rasgos de inoportuno escepticismo, y no de buen gusto, que con frecuencia empañan las sobresalientes cualidades del peregrino ingenio de este gran escritor, que debemos reconocer como uno de los primeros entre nuestros críticos contemporáneos. Hoy, como entonces, siempre que las teorías más estrambóticas de la *filosofía para reír* se expongan «con las cortapisas convenientes para que se ajusten y encajen con la verdad católica,» tal, en fin, como, según dice el mismo don Juan Valera, exhibía sus deleitosos desatinos el padre Fuente de la Peña, podrán *los filósofos, hasta cierto punto*, ensartar todos los disparates que quieran, sin producir otro efecto en los timoratos que desternillarlos con risas homéricas, en vez de enfurecerlos como basiliscos. Bien sabe don Juan Valera que en nuestros días uno de los sabios más sin par que ha producido este siglo discurrió sobre todo género de problemas; lucubraciones que dejan muy atrás al padre Fuente de la Peña. Pocas cosas se hallarán en el *Ente dilucidado* tan graciosas, asombrosas y atrevidas como las explicaciones y comentarios que se le han ocurrido a este extravagante sabio sobre las etimologías de la lengua vascongada, sobre el sistema métrico decimal, sobre Adán, y Enoch, y Elías, y Troya, y Homero, y Salomón, y Venus, y sobre la ley del matrimonio civil del señor Montero Ríos, y por fin, sobre el discurso que el mismo don Juan Valera leyó en la Academia Española con motivo de la recepción de don Francisco de

Paula Canalejas. Sin embargo, es para todos notorio que las cosas del estrambótico sabio guipuzcoano encontraron siempre a los timoratos más alegres que espantados; y a nadie, que yo sepa, se le ha ocurrido tratar de hereje al peregrino ingenio, que fue un católico, no nuevo ni viejo, sino católico a marcha martillo, apostólico y romano, como fray Juan de la Cerda y los reverendos padres Fuentes de la Peña y Valdecebro. Pero si disparatorios de este género se escriben como argumentos de primer orden para blasfemar de la Biblia y desahogar impiedad, y se quieren presentar como la última palabra de la ciencia de mala ley imaginada hoy como arma de guerra para echar abajo el altar, siempre el creyente (pues tal supongo que querrá decir *timorato* en el sentido que aquí lo emplea don Juan Valera) tildará y ha tildado de impío y ateaísta a quien se haga adalid de tales doctrinas.

Por lo demás, estamos tan convencidos, como don Juan Valera, de que apenas hay descubrimiento moderno, por maravilloso que sea, que no hubiera ya previsto el ingenio invencionero y desenvuelto de los Fuente de la Peña y Valdecebro. Pero la sagacidad de aquellos sabios fue, sobre todo, admirable en materia de ciencias naturales. No se les escapa ninguna de las peregrinas teorías que los naturalistas nos quieren ahora presentar como novísimas. Asombra la perspicacia, y por todo extremo privilegiada intuición, de ambos reverendos padres, para adelantarse a su siglo. Basta leer breves páginas del *Ente dilucidado* y del *Gobierno general y político hallado en las aves más generosas y nobles*, para comprender que es sobremanera injusto, después de lo que ellos escribieron, que vengan ahora los Lamarck, Darwin, Hebert, Spencer, Haeckel y demás, a usurpar la fama de descubridores. Los españoles estamos en el caso de protestar contra semejante iniquidad.

Prácticamente demuestra don Juan Valera, con brevisimas indicaciones, las comparaciones que podrían establecerse en averiguación de lo que deben al libro del padre Fuente de la Peña los descubrimientos recientes de la ciencia. Siguiendo su ejemplo haremos otro tanto con respecto al padre M. F. Andrés Ferrer de Valdecebro, calificador del Santo Oficio; y advertiremos previamente que sentimos muy de veras no poderlo hacer más por extenso, pues habría materia para algunos volúmenes.

Sobre la generación espontánea sostiene el padre no ya que son simples vejigüelas o animalejos pequeños los que así se producen, como creen los modernos, sino aves y sapos y toda clase de animalías. «El pájaro osina, dice, llamado por otros autores berneca, es pájaro tan singular y extraño, que nace de las hojas que caen de unos árboles... Cosa de tan grande asombro, que es de las únicas maravillas de naturaleza. En nuestra España, hay muy pocos de estos prodigios; y sus moradores, como están contenidos de sus términos, y no salen de ellos, no suelen dar mucho crédito a estas singularidades. Los años pasados escribí de las aves que nacen en las Indias cayendo hojas sobre el agua; y muchos que tenían obligación de saber de estos prodigios no asintieron a la verdad. Hice un argumento perentorio, y fue: los veranos en España, cuando hay seca, y después de ella cuando se descoje alguna nube con poca agua, y la arroja con gotas algo gruesas, apenas toca el suelo cuando luego al punto se levanta un sapo y comienza a andar. No es muy grande, porque será como una uña pequeña, empero es animal irracional, viviente y sensible. ¿Qué embarazo, pues, y dificultad puede haber que caiga una hoja de un árbol sobre el agua y se levante un pájaro? Me lastima mucho que hombres entendidos no cotejen y reparen, y

que se hagan al lado de la gente común y ordinaria de los necios. ¿Qué más da que sea pájaro, o sea sapo, o sea serpiente, en tanto que es viviente y sensible? Luégo hallé que no sólo en Alemania, sino en Inglaterra, nacen también pájaros de las hojas que caen sobre el agua, de algunos árboles, como luégo diremos... Escribe Anciso, en su *Geografía*, de estos mismos árboles de Inglaterra, que es asombro más superior que los pasados. Dice que si las hojas de estos árboles caen en tierra, se levantan pájaros; si caen en el agua, se levantan peces, y de buen alimento. Son fáciles las noticias a los escrupulosos que dudaren por los muchos ingleses que por acá tenemos de quienes se puede acaudalar y asegurarse, o lean el tratado de *Mirabilibus naturae*» (1).

El paso más atrevido que ha dado el darwinismo consiste, a no dudar, en la negación de la inmutabilidad de las especies, sosteniendo, por el contrario, que los seres pasan insensiblemente de unas a otras en la lenta y progresiva evolución del perfeccionamiento de los organismos. El padre Valdecebro va más allá: para él no sólo es cierto que cambian las especies, sino que defiende además que en un mismo individuo pueden variar los sexos, y refiere casos graciosísimos de mujeres convertidas en hombres. «Otra cosa bien nueva y extraña refieren Columela y Marco Varron, y es, que ha sucedido muchas veces volverse las gallinas gallos; y afianza esta verdad refiriendo de muchas mujeres que se han vuelto hombres. De Ceneo refiere Higino que se volvió hombre siendo mujer, y refiérela también Virgilio en su *Eneida*. Plinio escribe, que el año que Lucinio Craso y Casio Longino fueron cónsules, hallaron que una muchachuela de Cacio se había convertido en un hombre. Arecusa fue mujer, que estuvo mu-

(1) *Gobierno moral y político*, etc. part II, l. XIX c. VIII, p. 421, ed. de 1682.

chos años casada; convirtiéndose en hombre y se llamó Aresconte y se casó con otra mujer, y estuvo casado mucho tiempo, según refiere Licinio Muciano. A Luciano Conficio vio en Africa Plinio, que era ciudadano de Trisditano, que siendo mujer y desposada con su marido, el día de las bodas se volvió varón: le habló y comunicó mucho tiempo, y que él mismo refería el suceso de haberse convertido en hombre. De una mujer de Gaeta refiere Pontano, que habiendo estado casada con un pescador catorce años, se convirtió en hombre; y lo mismo sucedió con una mujer llamada Emilia. De donde se infiere, que si esto sucede con un animal tan generoso y noble como el hombre, puede suceder en los demás animales, especialmente cuando hay algunos que usan de entrambos sexos, como los lebrones y hienas. *Convertirse los hombres en mujeres es cosa que no he leído haya sucedido jamás, y es muy consiguiente al orden de la naturaleza, que va buscando la mayor perfección; y como lo es ser hombre, transformanse mujeres en hombres; empero como es imperfecto animal la mujer, nunca bajó de lo perfecto a lo imperfecto la naturaleza, si no es en monstruosidad»* (1). Dígasenos si Darwin ha expuesto en alguna parte su doctrina de una manera tan gráfica como aparece presentada en estas últimas líneas.

A Darwin y a toda la escuela evolutiva se le ha antojado, que del mismo modo que observando determinadas reglas en los cruces formamos razas distintas de caballos, perros y demás animales, pueden y deben obtenerse iguales resultados con la especie humana. Esto lo da por sabido nuestro gracioso padre. «No me ha hecho disonancia nunca, dice, que haya pigmeos porque vemos enanos y enanas cada día de la estatura

(1) Obra citada, II part., I. XVIII, c. LXXVI, p. 404.

misma de los pigmeos; y aunque es verdad que éstos son monstruos que nacen de defecto de generación de sus padres, son verdaderamente pigmeos. Y si todos los que en España tenemos, y hay en Europa, se juntasen e hiciesen población, tuviéramos también generación pigmea» (1).

También el hereditarismo o atavismo lo consigna el autor entre «las causas que en buena filosofía y medicina se hallan para que la naturaleza crie tanta diferencia de monstruos en hombres, fieras, peces y aves: sea engrandecido por todo, por eternidad de eternidades, el Señor.»

Si la posteridad fuera justa, debiera llamar al sistema valdecebrismo en lugar de darwinismo. Aunque por otro lado, fuerza es reconocer que el uso general, casi infalible, en materia de lenguaje, ha debido a no dudar, tener poderosos motivos para consagrar la palabra darwinismo como representación de una escuela aparte: y creemos que la causa principal de todo ello ha de consistir en la profunda divergencia de ambas escuelas sobre materia de religión. El reverendo padre Valdecebro dedicaba sus filosofías a San Vicente Ferrer y a la mayor gloria del Señor; Darwin, Haeckel, Herbert, Spencer, etc., dedican por el contrario, sus libros a la impugnación de la Biblia y de la Providencia, y en vez de oraciones, dedican a San Vicente Ferrer morisquetas volterianas. El valdecebrismo podía muy bien ser invención de un calificador del santo oficio; pero el darwinista o el evolucionista de la especie contemporánea la Inquisición los hubiera tenido que castigar por herejes.

Pero, en fin, estas divergencias no existen sino en el terreno religioso; en cuanto a lo que es del orden

(1) II part., I. XI, c. LI, p. 271.

científico, debemos decir que todo lo que Darwin había de revelarnos en el siglo XIX lo tenía adivinado hace doscientos años el padre Valdecebro. Estamos convencidísimos de que ninguna de las novedades científicas que recientemente nos han remitido de París y Berlín como última moda para la gente sabia, habrá de coger de nuevas a quien haya leído los deliciosos capítulos que en España y fuera de ella ha inspirado el darwinismo por los siglos XVI y XVII.

Dice el padre Valdecebro que él «ha sido el primer inventor de este lenguaje de gobierno político y moral.» Le sobra razón. No veo con qué títulos le pueden disputar ahora el privilegio de invención los naturalistas contemporáneos, que andan hechos unos basiliscos para demostrarnos que el sentido común, el sentido moral, el matrimonio y todas las instituciones civiles y políticas le vienen al hombre por herencia mejorada de los instintos, buenos usos y costumbres de las aves y fieras.

Los disparates de este género han encontrado ahora editor que les haga ediciones, nada menos que trilingües, de cada uno de los tomos de patrañas clásicas que hayan inventado. La colección se llama *Biblioteca científico-internacional*; se puede decir que, no obstante algunas excepciones, honrosas o no, pues hay también algún ejemplar antidarwiniano, la biblioteca está consagrada a la escuela darwinista o evolucionista a secas. En cuanto algún sabio de la escuela ha formado un volumen de doctrina filosófica, o política, o fisiológica, o jurídica, o naturalista, o lingüística, lo entrega a la *Biblioteca científico-internacional*; y en el acto, como si fuera una Biblia, se publica a la vez en francés, alemán e inglés, por las prensas de París, Londres, Nueva York y Leipsik. Posible es que el negocio mercantilmente resulte bueno; pero la casa editorial no da en ello gran

muestra de buen gusto literario. Dado caso que se hubiera enamorado perdidamente de todas esas doctrinas que nos demuestran cómo pueden nacer los seres de un vapor, y convertirse los sapos en culebras, los peces en pájaros, las hormigas en elefantes, los monos en hombres, y cómo se descubren las leyes científicas del desarrollo de las naciones, las evoluciones progresivas de la humanidad y las máximas más sabias del gobierno moral y político, arguyendo a los hombres que tienen discurso con lo que hacen las fieras que no lo tienen, valiera más seguramente, que se dedicara a hacer ediciones políglotas de los Fuente de la Peña, Valdecebros, Giambatista, Porta, Lemnios, Maillet y demás autores de este género, cuyo número es tal que bastarían ellos solos para constituir un buen tomo de bibliografía. Sabido es, en efecto, que el darwinismo se ha despojado en nuestros días de aquella gracia, candor y sencillez en la expresión que antes daban amenidad a sus escritos, habiendo perdido ahora en ingenio lo que ha ganado en ingeniatura y presunción. Y no se diga en favor del darwinismo de nuestro tiempo que es ahora más fecundo que nunca; porque si es verdad que padecemos hoy plétora de tales escritos, lo debemos, además de otras causas, principalmente a la indiscreta protección de los editores, pues ya es sabido que en habiendo algún lucro, ni la langosta ni la filoxera se multiplican con más asombrosa rapidez que los volúmenes de los autores dañinos. Basta un editor Mecenas para inundar en un año todo un continente de libros insulsos.

Si la referida casa editorial se dedicara, por tanto, a hacer una biblioteca selecta, que reuniera lo mejor y más sustancial del darwinismo antiguo, nada perdería el saber y sí ganaría la literatura con que se aficionara el público a cosas mejores y mejor dichas, aunque no

menos estrambóticas; y sería por de contado obra más cristiana no sacar a los incautos, con pretexto de ciencia, seis pesetas por cada uno de esos volúmenes de desatinados hiperbólicos que circulan como la última palabra de la ciencia. No hemos de discutir aquí si con ella adelantaría o no el saber; pero lo que sí damos desde luego por seguro es que no pocos bibliófilos se alegrarían entonces de pagar seis pesetas por un tomo de desatinos viejos.

JOAQUIN SANCHEZ DE TOCA

SATANAS ENTRE LOS BIOGRAFOS

EXTRACTO

Al mencionar a Satanás, no me refiero al espíritu del mal en cuanto anda dando vueltas como un león rugiente. Me refiero a Satanás como aparece en el prólogo del libro de *Job*. Es el adversario, el individuo que presenta el lado opuesto de la cuestión. Cuando los hijos de Dios se reunieron, el adversario se encontraba en medio de ellos. Formaba parte de la asamblea, pero ocupaba el banco de la oposición. Proponía preguntas que se le habían ocurrido en sus correrías por la tierra. Sus funciones consistían en rebatir opiniones generalmente aceptadas. Job, es un ejemplo. Todos le consideraban hombre tan recto como próspero. Mas, ¿lo era, en verdad? Satanás sugirió un análisis de su carácter. Arrebatemos a Job su prosperidad y veamos en qué queda su rectitud.

Pues bien; ese espíritu de crítica se ha infiltrado en los biógrafos. Solía darse por sentado que el tono de una biografía debía ser encomiástico. «Elogiemos a los hombres famosos y a los padres que nos engen-